

## Recensión

*La cuestión del gender. Claves para una antropología sexual*, de Aristide Fumagalli. Bilbao: Editorial Sal Terrae, 2016.

### Endika Basáñez Barrio

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea  
endika.basanez@ehu.eus

Recientemente me he adentrado con mayor profundidad en las disciplinas antropológica y sociológica (provengo del ámbito filológico) para familiarizarme con las teorías y reflexiones más actuales sobre la cuestión del género, identidad y sexualidad, una tripartición perfectamente distinguida y distintigible por la mayor parte de la comunidad científica a estas alturas. Ha sido así, pues, cómo en mi ruta bibliotecaria mensual topé con un libro cuya solapa de color verde fosforito llamó mi atención y, tan rápido como leí el título, *La cuestión del gender. Claves para una antropología sexual*, accedí a tomarlo prestado. Para mi sorpresa, el escritor del mismo no era ni un antropólogo, ni un sociólogo, ni ningún investigador cultural interesado en actualizar el estado de la cuestión sobre dicho objeto, sino Aristide Fumagalli, un sacerdote ambrosiano italiano (Milán, 1962), doctor en teología por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y profesor de teología moral en la Facultad teológica de la Italia septentrional, entre otros lugares de enseñanzas teológico-eclesiásticas (y autor de otras obras previas como el caso de *Il Tesoro e la creta. La sfida sul matrimonio dei cristiani*, 2014). A pesar de sentir una cierta sensación de contradicción principal, no dudé demasiado en comenzar a leerlo, posponiendo incluso otras obras de mayor calado en la comunidad científica acerca de la cuestión del *gender*; supongo que el cierto morbo que se despertó en mí por el contenido del libro que poseía entre mis manos me animó a negar cualquier ejercicio de procrastinación y comenzar a viajar con los dedos entre las páginas del sacerdote.

En cuestiones formales, el libro se divide en dos grandes bloques principales, subdivididos, a su vez, en pequeños capítulos (muchos de ellos apenas alcanzan un par de páginas, si acaso) que llevan por título: “La cuestión del *gender*. Un desafío antropológico” –nombre que, evidentemente, da bautizo al libro– y, el segundo, “El hombre y la mujer. Dimensiones de la antropología sexual”. El primero, sin lugar a dudas, es el bloque que mayor controversia despierta en el lector (al menos en aquel joven –*ergo*, inexperto, aunque coherente–, que se está aproximando a las teorías del *gender*) y donde reside el mayor interés de la última obra de Fumagalli (lo que no significa que el segundo deje indiferente, pero las dimensiones de la recensión son limitadas). Ambos capítulos se encuentran anteceditos, como suele ocurrir de

forma habitual, por un prólogo que, en este caso, está especialmente dedicado a la traducción de su obra al castellano. El prólogo ya comienza a levantar ciertos problemas de comprensión científica a estas alturas del desarrollo y debates ya superados por parte de la comunidad investigadora especialista en el asunto. En efecto, la terminología asociada al discurso del italiano y los roles que aplica a cada ser humano ponen de manifiesto una ideología intrínseca a dicho discurso:

La diferencia entre el hombre (macho y padre) y la mujer (hembra y madre), considerada como un dato esencial e imprescindible de la naturaleza divina, está hoy sometida a debate por la más reciente cultura sexual que, contestando a la naturalidad de la diferencia entre varón y mujer, reivindica el derecho, incluso en el plano jurídico, a definir de otro modo el género sexual al que se pertenece. (p. 11)

Como introducción al contenido del libro puede presentarse como un fragmento interesante, pero, bajo mi propia percepción, “la diferencia [...] considerada como un dato esencial e imprescindible de la naturaleza humana, derivada, por otro parte, de la creación divina” pone de manifiesto un registro netamente religioso, que se aproxima más a la opinión del autor que a hechos fehacientes, lo que comienza ya por desvirtuar la obra del sacerdote de texto científico frente a, quizá, reflexiones teológicas. Es, de igual modo, destacable la atribución de roles a cada individuo, “macho” y “hembra” a “padre”, en el primer caso, y “madre” en el segundo. Quizá se trate de un problema terminológico en el que los filólogos prestamos gran atención, precisamente, por la ideología que hay detrás del significante siguiendo la distinción saussurreana. Asimismo, el uso del participio “sometida” parece implicar unas connotaciones semánticas negativas cuando el autor se está refiriendo al debate surgido por la “reciente cultura sexual” cuando es el debate, de forma natural, lo que alimenta el desarrollo de cualquier disciplina. Por lo que dicho debate no debería ser tratado como un sometimiento –siguiendo las palabras del autor–, sino como un objeto enriquecedor y propio de cualquier disciplina científica. De cualquier modo, la introducción ya sirve al lector de entremés, explícito y evidente, del resto del contenido de la publicación, como, en efecto, se va comprobando a medida que se sigue con la lectura de la obra.

Adentrándonos ya en la primera parte del texto de Fumagalli, vuelvo a encontrar discrepancias terminológicas y, por tanto, connotativas y, en última instancia, ideológicas. Simplemente el título del capítulo “La cuestión del *gender*. Un desafío antropológico” resalta como “desafío” la (re)interpretación del *gender* en un ámbito donde toda opinión argumentada con una base teórica ampliamente compartida y/o empírica debería ser una constante, aunque puede también, que el uso del sustantivo “desafío” responda a cuestiones de márketing, en cuyo caso, consigue su propósito de no pasar desapercibido con creces. No obstante, el autor parece descartar esta segunda hipótesis cuando afirma, en relación a dicho “desafío” que:

La idea que acompaña al desarrollo de la reflexión propuesta en estas páginas es que la actual cuestión del *gender*, no exenta, a buen seguro, de peligrosas insidias para la identidad sexuada y las relaciones sexuales de los seres humanos, constituye un desafío

antropológico que demanda una nueva cultura de las relaciones entre el hombre y la mujer, capaz de conjurar el poder del uno sobre la otra y de dar valor, en cambio, en su diferente identidad en vistas al amor recíproco. (p. 16)

Las palabras del italiano parecen recrear un imaginario típicamente judeo-cristiano (religioso, de cualquier forma) en cuanto a una visión limitada y limitante de los “seres humanos” a los que él mismo hace referencia como hombre y mujer, en una publicación que se presume actual y ciertamente documentada, a juzgar por el gran número de citas que acompañan a la publicación con nombres de calado como Foucault o Descartes. Precisamente, la problematización del *gender* debería basarse en la apertura de nuevos horizontes siguiendo los cambios de la sociedad actual, las construcciones culturales (a las sí alude *a posteriori*, aunque no comparta su opinión) e incluso los cambios jurídicos a favor de la igualdad –que no de la mujer– (como el propio Fumagalli estudia en el subcapítulo homónimo). La heterogeneidad debería ser el pilar de los nuevos planteamientos que actualizan constantemente el estado de la cuestión por lo que su visión me parece, así, ciertamente limitante. Es, de igual forma, digno de reseñar el infinitivo “conjurar” donde las connotaciones brujeriles se hacen presentes en cuanto al supuesto “poder” que hombre y mujer, bajo su percepción, ejercen sobre sí mismos. Igual de limitante resulta la frase con la que finaliza el párrafo apuntado en tanto que “en vistas al amor recíproco” referido exclusivamente a las relaciones heterosexuales cuando los estudios de género superaron con creces la barrera de los sistemas binarios (en el que uno es siempre positivo y otro –más bien otra– es siempre negativo y que, por otro lado, se encarga de problematizar en páginas sucesivas –lo que es de agradecer, si bien lo hace, mayormente, citando a otros autores). El discurso del milanés parece pues no abrir su visión a las corrientes actuales a las que hacía, en efecto, alusión como “desafío” (p.16). Como nota positiva, Fumagalli documenta perfectamente, aunque quizá de forma poco descriptiva, la etimología del término del que deriva *gender* en inglés y la confusión interpretativa y traductora a la que puede dar lugar a los hispanohablantes: “En efecto, el término inglés *gender* no equivale al español “género”, con el que suele traducirse. [...] en inglés *gender* se refiere únicamente a la diferencia específica que connota a los seres humanos, sin significar su pertenencia común a la misma” (p. 17). De igual modo, es reseñable el trabajo de amplia documentación del sacerdote acerca la vida diacrónica de la aparición del lema en el mundo intelectual-académico en el subcapítulo “La paridad del género”, aunque desde una visión sesgada para quien firma esta reseña, atribuyendo prácticamente la cuestión al movimiento exclusivamente feminista:

El primer feminismo, que reivindicaba la paridad del género femenino con el masculino, fue inspirado por la obra de Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, cuya tesis encuentra una expresión sintética en su célebre lema: “Mujer no se nace; se hace”. El género femenino no es algo que dé la naturaleza, sino que depende de la cultura social, y no hay motivo alguno para que sea discriminado socialmente con respecto al masculino, como ha sucedido a lo largo de casi toda la historia. (p. 25)

Las palabras del ambrosiano crean coherencia con las corrientes de estudios de género y culturales actuales, las “desafiantes”, a pesar incluso de la diferencia de contextos socio-políticos que difieren entre la lucha intelectual de De Beauvoir y el presente (al menos en gran parte de Occidente). No obstante, las discrepancias con el discurso de Fumagalli me vuelven a aparecer en las líneas que siguen al fragmento anotado:

El feminismo de la paridad no niega toda importancia a la naturaleza en orden al ser mujer, ni aclara tampoco qué relación mantiene con la cultura. Su pensamiento queda polarizado por la discriminación y por la emancipación de la mujer. La emancipación femenina se traduce, a nivel social, en la lucha contra el poder masculino, transmitido especialmente por la institución matriarcal y por la estructura patriarcal de la sociedad. (p. 26)

Efectivamente, las razones expuestas por el autor pueden cobrar de un mayor sentido si se contextualiza con mayor profundidad las particularidades propias del nacimiento de este “primer feminismo” (*a posteriori*, apunta a otros). De igual modo, “la lucha contra el poder masculino” puede resultar una expresión ciertamente sesgada ya que eran estos quienes poseían la hegemonía absoluta a todos los niveles por lo que sería, quizá, más correcto apuntar a “la lucha contra las instituciones heteropatriarcales”, que sí mantenían y promocionaban una relación de verticalidad con las mujeres, relegándolas a ser objetos subalternos.

El segundo gran bloque del libro establece una serie de conceptos teóricos como “la simbología de los cuerpos asexuados”, “la simbología de la unión sexual” o “la simbología de la generación” (pp.118-129) que rezuman, de nuevo, una visión parcial de la cuestión debatida en la publicación, donde sí existe una coherencia interna en el conjunto del contenido del segundo gran bloque que compone la obra, pero no tanto con las corrientes actuales encargadas del análisis del *gender* y, de igual forma, para quien suscribe estas líneas.

La publicación resulta así un ejercicio de debate continuo, pero no el establecido por el autor en su texto, sino entre el discurso del sacerdote ambrosiano y el lector ávido de nuevos cuestionamientos sobre la cuestión del *gender*. En efecto, la lectura para el investigador universitario puede resultar muy fructífera por la documentación que ofrece, digno de elogio, aunque no especialmente enriquecedora para los iconoclastas y aquellos especialistas en la materia, que van a hallar en el discurso del italiano un constante ejercicio de pregunta (*intentio auctoris*, para los filólogos) y respuesta (*intentio lectoris*, para los mismos).